



Una mirada al rol de la agricultura familiar en Cuba

La agroecología familiar es la fórmula de los pequeños espacios y el garante de la preservación de los ecosistemas

Por JOSÉ ANTONIO CASIMIRO GONZÁLEZ * y LEIDY CASIMIRO RODRÍGUEZ **

EN LA ACTUALIDAD existen infinidad de intentos, acciones y proyectos enfocados en lograr hacer una agricultura más acorde con la naturaleza y con el propósito de obtener alimentos más sanos y en mayor cantidad.

Está la agricultura llamada de labranza cero o mínima, de conservación, orgánica, apoyada por maquinarias y tecnologías muy eficientes para hacer compost, lombricultura

y usar coberturas. También se conoce la de «precisión», subsidiada y apoyada por tecnologías de punta que pueden sustituir con el trabajo de cuatro o cinco personas a cientos de agricultores.

¿Dónde es que le encontramos lugar a la pequeña finca familiar agroecológica en medio de este contexto de necesidad de más comida, degradación de los suelos y del

ecosistema en general cuando todo parece ir en su contra por atrasada e improductiva?

La agroecología familiar es la fórmula de los pequeños espacios, de la diversidad de producciones que se pueden obtener por su alta eficiencia, con la cultura oportuna que van logrando en cada finca y que se va enriqueciendo y traspasando de una generación a otra.

En lugares como Cuba también la pequeña finca puede jugar un gran rol. Ello se sustenta en que el país no cuenta con el clima, los suelos y menos todavía con el financiamiento para la agroquímica, ni tampoco con mercados o créditos o sistemas que aseguren la garantía de conservación o beneficio de altas producciones de monocultivos como maíz, arroz, tomate, que siempre crean picos y pérdidas tanto para el productor como para el consumidor al comprar alimentos estropeados y de baja calidad.

No estamos hablando de cómo ha funcionado hasta hoy y lo sigue haciendo todavía. Debe haber una Revolución Agroecológica con una política agraria que ponga al pequeño agricultor en el contexto que le corresponde por el rol que ha jugado y juega, pero sobre todo por el que podría jugar de la mano de la protección estatal, que lo haga sentir que su mejor negocio sería la agroecología pura, culta, resiliente, que lo revierta todo al estado natural de los suelos y al ecosistema.

Cuba puede y debe autoabastecerse de casi la totalidad de los alimentos sanos y nutritivos para toda la población, pero parece

que existen dudas sobre el importante rol de la pequeña finca familiar y su contribución a ese propósito. Ella puede contribuir a reducir las importaciones de alimentos, disminuir los costos de producción, atenuar la degradación de los suelos y el medioambiente en general. La finca familiar es el sitio idóneo para hacer del campo una forma de vida estimulante, algo muy apropiado para conjugar ciencia, arte, y también tener ideas y amar mucho a su país siendo un ciudadano de estos tiempos: informado, capacitado y preparado para contribuir en su quehacer y su historia.

Desde que se tienen estadísticas, la historia ha recogido que hace más de 500 años, desde la llegada de Cristóbal Colón, Cuba nunca se ha podido autoabastecer plenamente de alimentos. Hay muchos criterios al respecto, pero el hecho es que son más de cinco siglos en los que se ha tratado de revertir este proceso.

En las últimas cinco décadas hubo momentos de gloria para la agricultura cubana en los que no faltó nada, incluso hubo todo tipo de maquinarias, agroquímicos, laboratorios especializados, técnicos e ingenieros enamorados de su labor, créditos, combustibles hasta para vender, y tampoco el país pudo autoabastecerse.



¿Qué quedó como consecuencia de todo aquello? Un campo bastante despoblado y envejecido, suelos degradados y jóvenes desestimulados a concebir la agricultura familiar como proyecto de vida.

En este sentido también muchos científicos tratan de validar—defendiendo sus teorías y proyectos—diversos métodos catalogados como prometedores y novedosos, que no se habían aplicado nunca, para finalmente con una agroquímica más compactada y con toda la sabiduría acumulada con el uso de los últimos avances de la ciencia y la técnica, lograr lo que nunca se logró: abundancia de alimentos fabricados a base de máquinas y laboratorios.

Este enfoque tecnocrático se ha seguido defendiendo, a pesar de disponer en el país de proyectos agroecológicos que exhiben valores y fortalezas insospechadas para enfrentar el cambio climático, la erosión, los ciclones, etc., a partir de recursos propios, el uso de fuentes renovables de energía y la generación de empleos para las familias.

La agricultura convencional puede compararse con la agroecología solamente en que ambas producen alimentos, lo que las hace coincidentes hipotéticamente solo en uno por ciento, pues en 99 % la agroecología que pueden desarrollar las familias campesinas cubanas conlleva a una gran diversidad de acciones que sobrepasa con creces la variante agrícola convencional. Sin duda, esta capacidad contiene lo social, la equidad de género, la sostenibilidad, la cultura, la soberanía, la biodiversidad, la resiliencia, la protección de los suelos y el ecosistema en general, la seguridad, el patriotismo, el empleo, la recampesinización y el ahorro para el país, así como la calidad, el sabor y la frescura de los alimentos.

Si cuando hubo todo tipo de recursos técnicos, financieros, ecológicos y humanos, no se avizó la solución del autoabastecimiento, no ha de lograrse hoy con todo a la inversa y aspirando a hacer lo mismo, encontrarle una salida al problema. La agroquímica no podrá ser la solución,

además, porque todos los insumos habría que importarlos y, como pequeña isla, siempre será mejor aprender a valernos de nuestros propios recursos, los cuales, inclusive para esa Revolución Agroecológica están todos en el país: la cultura social, el sistema político, el clima, la geografía y la inmensa necesidad.

Con esto queremos decir que en Cuba, si se quiere apostar a la forma que mejor ha funcionado, la menos costosa, la más resiliente, la más capacitada, la que más y mejor comida ha producido siempre en toda su diversidad y que podría salvar los suelos y acabar con el marabú, habrá que hacerlo siempre con el pequeño agricultor y su familia. Es el ente agrícola que mejor servicio ha prestado en las últimas décadas y con quien más a gusto podría comprometerse la sociedad por lo que representó en los peores momentos, y por lo que representa hoy, con suficientes evidencias que lo demuestran.

En la finca familiar las tecnologías de punta tendrían entonces tela por donde cortar, pues podrían lograr que esa agricultura fuera ecológica, sostenible y próspera. Esa sería una gran meta científica para que los pequeños agricultores agroecológicos se sintieran felices, protegidos, cuidados, estimados y prósperos en sus pequeñas fincas, por ser los que pueden, sin agroquímicos, producir vida todos los días; es el único oficio que se relaciona 100 % con toda la sociedad, el que produce la mayor parte de la comida, pero sobre todo, sin dañar su entorno y comprometido en cuidar el destino de las futuras generaciones y de su país. Cuba es el lugar más comprometido del mundo con la Agroecología, por mil razones, pero es también el más necesitado y mejor posicionado para ser el primero en lograrlo. 🇨🇺

*Campesino, CCS. Rolando Reina Ramos, Taguasco, Sancti Spiritus, Cuba.

** Dra. en Ciencias Agroecológicas, profesora de la Universidad de Sancti Spiritus.
E-mail: leidy7580@gmail.com